



Placa funeraria con representación de escena de prótesis, término griego que define la exposición del difunto.

EL RITUAL DE LA INCINERACIÓN EN LA ANTIGUA GRECIA

M. Teresa Magadán, Doctora en Prehistoria y Arqueología, especialidad en Arqueología Griega

A lo largo de la historia, la elección del ritual de sepultura de los difuntos ha venido determinada por cuestiones de religiosidad, prestigio, tradiciones ancestrales, convenciones sociales e incluso razones de orden práctico. En el mundo antiguo, los rituales más frecuentes fueron la inhumación (deposición del cuerpo del fallecido en el interior de una tumba acompañado o no de sus pertenencias) y la incineración (combustión del cuerpo previa a su enterramiento). Ambos se emplearon de manera indistinta, alternando períodos de predominio de la inhumación o de la incineración con otros en que ambos ritos se usaron paralelamente. En Grecia, con una larga tradición de inhumación desde el Neolítico, la incineración se empleó sin embargo en momentos concretos, bien de manera amplia por toda la población, o bien como ritual reservado casi en exclusiva para determinados estamentos de la sociedad a causa del prestigio que mitología y literatura otorgaron al ritual.



Urna de bronce del s.VIII a.C.



Vasija decorada con una representación de una carrera de carros, las cuales eran muy habituales en los funerales aristocráticos del s.VIII a.C.



La de Derveni es una de las urnas-cráteras macedónicas más espectaculares.

Durante la Edad de Bronce, la manera habitual de enterrar a los muertos fue la sepultura bajo tierra, casi siempre en tumbas individuales, si bien desde finales del Bronce Medio la sepultura colectiva en grandes tumbas rectangulares o circulares acabó imponiéndose, para volver después a la inhumación individual en el paso del II al I milenio. Precisamente, en ese momento final de transición de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, se documentan las primeras incineraciones en suelo griego. Algunas aparecen en tumbas colectivas junto a inhumaciones, mientras que otras son individuales. Se trata, sin embargo, de un fenómeno aislado localizado en regiones separadas entre sí –Aquea, Ática, Eubea, Creta– y sin un patrón común en la ejecución del ritual, cuyo origen no está claro. De ahí que se hable tanto de influencias de la península itálica como de la costa del Asia Menor.

La verdadera difusión del rito de la incineración no se produce hasta el s. XI a.C. A partir de ese momento el porcentaje de incineraciones sobre el total de sepulturas irá en aumento, pasándose del 3% en el s. XII a.C. hasta casi el 100% en el s. VIII a.C. Las razones del cambio tampoco están claras. El proceso es gradual y los indicios apuntan a motivos generados por la propia evolución de la sociedad griega y no a

influencias externas. Tal vez coadyuvara a ello el papel atribuido al fuego como elemento purificador, susceptible incluso de proporcionar la inmortalidad, como ocurre en episodios mitológicos y legendarios. Por otro lado, no puede descartarse que la nueva estructura social surgida del hundimiento de los palacios micénicos, constituida por una aristocracia ligada por lazos familiares en grandes clanes, favoreciera un tipo de ritual nuevo, sin lazos con el pasado. De hecho, los nuevos cementerios muestran a menudo una disposición novedosa, con las tumbas de los descendientes dispersas en torno a la sepultura principal, la del antepasado común que unía un linaje en torno a su figura.

El ritual de la incineración según Homero I
Homero es nuestra principal fuente de información para conocer cómo se desarrollaba un funeral presidido por la incineración del cuerpo del difunto. En el libro XXIII de la *Iliada*, Homero nos describe la preparación y ejecución del funeral de Patroclo, fallecido en combate ante Héctor, siguiendo las instrucciones dictadas por Aquiles. Más adelante, en el mismo libro, se detalla el funeral de Héctor, que comparte numerosos puntos en común con el de Patroclo. Dejando a un lado los elementos ligados al carácter heroico de los pro-

tagonistas, se puede apreciar un patrón base que, seguramente, era el mismo que se seguía en el caso de los ciudadanos normales.

En primer lugar, tras la preparación del cadáver, los amigos y allegados construían una pira hecha de troncos de madera, sobre la cual depositaban el cadáver envuelto en una tela y embadurnado con grasa. A fin de facilitar la combustión, se rociaba la madera con aceite y miel. Una vez encendido el fuego, mientras ardía el cuerpo, se realizaban diferentes ofrendas y libaciones con vino, arrojándose asimismo objetos personales del difunto y/o de los asistentes. En el funeral de Patroclo, como caso excepcional por el carácter del difunto, Homero nos relata que Aquiles arrojó además varios animales a la pira –caballos y perros– y seres humanos. Al día siguiente, una vez extinguido el fuego, se apagaban los rescoldos con vino y se recogían con esmero los blancos huesos del difunto, envueltos después en tela de lino tras ser untados de nuevo con grasa. En el caso de Patroclo, en el lugar de la pira se erigió un túmulo de tierra, en cuyo interior se depositaron finalmente las cenizas conservadas en una urna dorada, mientras que la urna dorada con los restos de Héctor se colocó en una fosa bajo un cúmulo de piedras.



Los 'larnakes' son pequeñas cajas guardadas en el interior de sarcófagos de mármol.



Los 'larnakes' de Vergina' estaban recubiertos de oro; sobre ellos una corona de hojas del mismo material.



Las urnas que albergaban las cenizas de un varón solían tener las asas en el cuello.

En más de una ocasión se ha citado la importancia de este pasaje homérico para entender la difusión del rito de la incineración en Grecia. Se ha subrayado que el funeral de Patrolo sirvió de modelo a la aristocracia, deseosa de emular las gestas de sus héroes en la vida y en la muerte. De hecho, conocemos varios ejemplos de época arcaica, clásica y helenística que parecen querer emular el ritual punto por punto. No obstante, en lo que concierne al proceso en sí, la descripción proporcionada por Homero no debía apartarse mucho del procedimiento habitual, al menos en lo referente a las fases y materiales empleados. Ejemplos conocidos de época clásica dan a entender que la madera empleada era probablemente de olivo, y que la grasa se aplicaba al cadáver para facilitar la combustión, y a los huesos quemados para prevenir una rápida descomposición. Es posible asimismo que el tiempo transcurrido entre la muerte y la incineración no fuera muy largo, al menos en los casos de los caídos en combate. El punto más conflictivo, en cambio, es la temperatura que alcanzaría la pira y el grado de combustión de los huesos. En general, la mayoría de los huesos conservados presentan matices diversos en la coloración, desde el gris al blanco, pasando por el negro, hecho que sugiere una combustión imperfecta según el lugar que ocupaban en la pira, así como la posible incidencia en la coloración de los restos metálicos –objetos de adorno o armas– que se arrojaban junto al cuerpo. La estimación oscila entre los 285° y los 940°, evidenciando un amplio margen en las temperaturas alcanzadas.

Ahora bien, si las fases del ritual parecen seguir un mismo patrón tanto si se trata de aristócratas como de gente común, variando únicamente la calidad de la urna cineraria –metálica entre los aristócratas, cerámica entre los demás– y la riqueza del ajuar que acompañaba al difunto, ejemplos puntuales dan a entender que la ficción homérica pudo inspirarse en la

realidad, a no ser que la realidad se inspirara en la ficción homérica. El ejemplo más llamativo pertenece a una fase inicial del desarrollo de la incineración en Grecia, puesto que se fecha en el 950 a.C. Se trata de la sepultura de quien pudo ser uno de los jefes de un amplio grupo familiar, cuyos restos incinerados en el interior de una gran ánfora de bronce fueron hallados en compañía de los restos de cuatro caballos y del de una mujer enterrada con gran lujo. El hallazgo, uno de los más impresionantes de la década de los 80 del s. XX en Grecia, se produjo en Lefkandi, en la isla de Eubea, uno de los enclaves políticos y comerciales más importantes de la Grecia de los s. XI a VIII a.C. La similitud con el ritual homérico se subrayó desde un primer momento, aunque el estudio a fondo del lugar reveló aspectos aún más sorprendentes.

La sepultura, una fosa de 2,75 m, no formaba parte de una necrópolis, sino que se había practicado en el centro de lo que aparentaba ser una gran mansión de 10 m de ancho por 45 de largo, hecha de zócalo de piedra y muros de adobe, sostenida por postes de madera en el interior y dividida por muros transversales en varias estancias, la mayor de las cuales albergaba la sepultura. La fosa comprendía dos sectores separados. El de la izquierda contenía los caballos, mientras que el de la derecha acogía el cuerpo de la mujer, ataviado con gran cantidad de joyas de oro y un cuchillo de hierro con mango de marfil junto a la cabeza. A sus pies, en el interior de una ánfora de bronce se hallaron los huesos calcinados de un varón envueltos en una gruesa tela aún bien conservada, rodeado de armas y otros objetos personales. A escasa distancia se apreciaron los restos de la pira de incineración, parte de la cual se halló recogida en el interior de la fosa. Da la impresión que el edificio fue derruido tras el enterramiento y se creó un gran túmulo que cubrió la sepultura a la manera homérica. De la importancia de los difuntos da fe el

hecho que, alrededor del lugar, empezaron a desplegarse tumbas individuales, posiblemente descendientes del mismo grupo familiar.

El 'héroe de Lefkandi', como es conocido en terminología arqueológica, plantea numerosos interrogantes y no sólo históricos. La coexistencia de la incineración y la inhumación en una misma sepultura, empleada además marcando el sexo de los difuntos –hecho atestiguado en otras dos sepulturas de la misma necrópolis– nos ha de hacer recapacitar sobre los motivos concretos que se esconden tras la elección del ritual. La incineración podría ir ligada a cuestiones de prestigio heroico en el caso del varón, dada la abundancia de testimonios en ese sentido, pero la inhumación tal vez indique un tratamiento especial del cuerpo femenino, que aconsejaría evitar la consumación por el fuego. Dado que en la necrópolis que rodea la sepultura central se han encontrado incineraciones primarias y secundarias, y gran variedad en la disposición de las urnas, quizá sería aconsejable concluir que, más allá de las convenciones sociales y de la capacidad económica del difunto, podrían existir otros factores más personales.

La necrópolis del Cerámico en Atenas | A medida que la incineración se impone sobre la inhumación a lo largo de los siglos IX y VIII a.C., dos cambios más se observan en las costumbres funerarias del mundo griego. Por un lado, la mayor cantidad de tumbas visibles, es decir, aquellas que reciben un tratamiento digno, con señalización del lugar de sepultura; y, en segundo lugar, el progresivo alejamiento de las áreas de necrópolis de los centros urbanos. En este sentido, el ejemplo de Atenas es paradigmático, pues a medida que se va urbanizando la zona llana a los pies de la Acrópolis, los antiguos puntos de enterramiento en ese sector se desplazan más hacia el norte y hacia el oeste, desarrollándose las primeras grandes necrópolis urbanas. De todas ellas, la más cé-

lebre es la del Cerámico, así denominada por encontrarse en las cercanías del barrio donde tenían sus talleres e instalaciones los ceramistas, alejados igualmente del centro de la ciudad. El Cerámico es una de las necrópolis con mayor número de incineraciones del mundo griego, dado que estuvo en uso durante largo tiempo. Las incineraciones allí encontradas abarcan, con la salvedad de ejemplos aislados del s. XI a.C., del 1000 al s. IV a.C., aunque el período de apogeo va del 900 al 700 a.C. A partir del 700 a.C. vuelve a emplearse con frecuencia la inhumación, que irá en aumento. Hacia el s. IV a.C. son escasas las incineraciones, pero no infrecuentes.

Del análisis del contenido de las tumbas se pueden extraer varias consideraciones en torno al desarrollo de los funerales en la Atenas de aquella época. Se sabe por noticias algo posteriores que, tras el fallecimiento y el conveniente acicalamiento, el muerto era expuesto sobre un lecho en el interior de la vivienda para que pudiera recibir los honores de familiares y amigos. Era habitual la presencia de plañideras que acompañaban los lamentos de la familia. Esa exposición, denominada *próthesis* en griego, iba seguida del traslado del cuerpo por las calles hasta el punto de enterramiento, la *ekfórā*. Una vez allí se procedía a la construcción de la pira. Normalmente, hasta bien entrado el s. VI a.C., la pira estaba situada fuera del área de sepultura, lo que se denomina incineraciones secundarias, y los restos óseos eran recogidos y envueltos en una tela antes de ser depositados en el interior de la urna funeraria. No obstante, entre el s. VI y el s. IV a.C. se han localizado varias incineraciones primarias, con la urna sobre la misma pira.

Por regla general, la urna era un recipiente cerámico, casi siempre un ánfora, aunque podían ser también cráteras, hidrias y cuencos. En el cementerio del Cerámico, ya desde el s. IX a.C. se observa una cierta diferenciación entre los enterramientos masculinos y los femeninos, pues mientras los varones usan ánforas de asas en el cuello, las mujeres prefieren las de asas en la zona media del cuerpo. No es habitual encontrar incineraciones infantiles, pues niños e infantes solían enterrarse en jarras, pero curiosamente los ejemplos conocidos corresponden a enterramientos acompañados de un ajuar lujoso.

La sepultura en sí solía ser una fosa excavada en el suelo. En un primer momento, urna y ajuar se depositaron conjuntamente, pero a partir de un cierto momento, en torno al s. VIII a.C., se decidió practicar una pequeña cavidad en el interior de la fosa, en la que se colocó la urna, tapada por un cuenco boca abajo. En el otro compartimento se acomodó el ajuar. La fosa se cubría con tierra, formando un pe-

queño montículo sobre el cual se hincaba una marca para señalar la sepultura. Asimismo, especialmente a lo largo del s. VIII a.C., el período álgido de la incineración, una gran vasija de cerámica –ánfora, crátera, hidria–, con el fondo perforado, se usaba como recipiente de libaciones que trasladaba los líquidos al interior de la tierra. Estas vasijas, verdaderas obras maestras del arte griego de aquella época, marcaban el estatus del difunto, de ahí que fueran creciendo en tamaño y ostentación. Gracias a ellas, y a los dibujos que las decoran, conocemos de primera mano las fases del funeral comentadas anteriormente, pues las imágenes que las decoraban solían mostrar al difunto rodeado de sus familiares o durante el traslado al cementerio, junto con escenas relacionadas con su vida anterior, en particular escenas de guerra o de caza. Algunas presentan además carreras de carros, elemento muy habitual en los funerales aristocráticos, también descrito por Homero como parte de los funerales de Patrolo.

Fue precisamente el hallazgo de estas vasijas lo que llevó a la excavación de la necrópolis del Cerámico, situada al noroeste de la Acrópolis, a 1 km aproximadamente en línea recta. Era una zona pantanosa, atravesada por un riachuelo, donde desembocaban además los caminos que venían del sur y del oeste, por lo que constituía una encrucijada de caminos. Esto motivó que, cuando la ciudad empezó a urbanizar el entorno, los antiguos grupos familiares de sepulturas pasaran a disponerse a lo largo de las vías de acceso a la ciudad, lo que conllevó una rivalidad aún mayor en el embellecimiento de los signos externos de la sepultura, que ahora constituían grandes estatuas o estelas. Los ataques persas del s. V a.C. aconsejaron levantar una muralla en ese sector (478 a.C.), partiendo en dos la extensión de la necrópolis. El sector intramuros se tapó, pero el sector extramuros continuó ampliándose y recibiendo difuntos ilustres, tanto individuales –Pericles– como colectivos –caídos en combate–, hasta que en el 317 a.C. se prohibió por ley la ostentación pública en los funerales.

Las incineraciones a partir del s. IV a.C. | A partir del s. IV a.C. la incineración como ritual habitual entre la gente común decae frente a la inhumación. Sin embargo, se mantendrá en algunas regiones y en otras lo hará circunscrita a determinadas capas de la sociedad, siguiendo de nuevo el ideal heroico que imitaba a Homero. Una de estas regiones es la Macedonia de Filipo II, padre de Alejandro Magno. El mismo Alejandro nos ha dejado a través del relato de sus historiadores la construcción de la pira para el funeral de su amigo Hefestión, encargada al artista Dinócrates. Sin embargo, más que el relato de Alejandro, lo que mejor ilustra la vigencia del modelo homérico son las tumbas de su familia en el cementerio familiar

de Vergina, identificada con la capital ceremonial de los reyes macedónicos. Allí, a finales de la década de los 70 del s. XX, el arqueólogo griego Manolis Andrónikos descubrió un conjunto de cuatro tumbas, cubiertas por un gran túmulo funerario, en cuyo interior se hallaron los restos incinerados de varias personas, todas ellas pertenecientes a la familia de Filipo II, y tal vez el propio Filipo.

Las tumbas, totalmente decoradas con pinturas y relieves, poseen forma de vivienda, pues la fachada imita las puertas y ventanas, y en el interior lechos de piedra combinan con los restos conservados de muebles de madera. A diferencia de otras incineraciones contemporáneas, los restos no están colocados en recipientes metálicos, sino en pequeñas cajas –larnakes– guardadas en el interior de sarcófagos de mármol. Los larnakes de Vergina están recubiertos de oro y sobre ellos había depositada una exquisita corona de hojas también de oro. Junto al sarcófago, objetos personales del difunto (armas, joyas...) y servicios de comida, bebida y aseo completaban un increíble ajuar, cuya riqueza excede cualquier fantasía. Sin embargo, lo más importante es que de nuevo encontramos en un mismo conjunto el ritual de la incineración y de la inhumación, pues la Tumba I contiene cuerpos inhumados, mientras que los de la II y III están incinerados. Cabe recalcar además que este tipo de ritual aristocrático no se aplicaba sólo a los hombres. Recientes estudios de los restos óseos calcinados contenidos en una de las urnas-cráteras macedónicas más espectaculares, la de Deriveni, han demostrado que se trataba de una mujer y no de un hombre, al igual que ocurre con el segundo ocupante de la Tumba II.

La tendencia marcada por la dinastía macedónica se mantendrá en algunos círculos de los reinos helenísticos y posteriormente en época romana. Curiosamente en época romana tenderá a imponerse en el sector oriental del Imperio un tipo de tumba colectiva, con cavidades o nichos practicados en las paredes, que tiene sus raíces en el territorio macedonio y que se extiende a través de la instalación de macedonios en todos esos territorios. Estas tumbas, antecedentes a su vez de los columbarios romanos, muestran una vez más la coexistencia de la inhumación y la incineración. Aunque en ciertas regiones romanas la incineración acabará imponiéndose por razones prácticas, en el sector greco-oriental la disyuntiva no será tan marcada, y en un mismo conjunto funerario se encuentran ejemplos de ambos ritos. Esta larga coexistencia ha de servir de advertencia a la hora de contraponer incineración e inhumación en el mundo antiguo. Corremos el peligro de imponer nuestro punto de vista a sociedades que se regían por otros sistemas de valores. ■